

RECORDANDO A JOAN GUINJOAN

Jaume Vallcorba -un nombre de referencia en el ámbito editorial- escribía, en relación al periodista Eugeni Xammar, que *“Catalunya tiene una gran tendencia al olvido”*. No puedo estar más de acuerdo, mal que me pese. Acaso sea por esta razón que, hoy, quiero recordar las palabras que Joan Guinjoan pronunciaba al terminar una conferencia sobre su música, una mañana de marzo del año 2005, en el Conservatorio del Liceu. Y deseo recordarlas porque yo estaba allí, pude grabarlas y quiero dejar constancia de ello:

“A ver, antes de irme de este mundo quiero tener un cuarteto... Y ahora, como un alumno, me he puesto a revisar los cuartetos de Bartók, los de Schönberg, los de Ligeti, los de Paco Guerrero (...). Empiezo a tener mis ideas. A ver si hago uno yo. ¡Es que es muy difícil! Se han hecho tantas cosas... No sé qué saldrá. Veremos. Espero que salga... Es un reto: una cosa tan desnuda. ¡Aquí sí que no hay ningún engaño posible! Es un problema que tengo y quiero resolver... Pero un cuarteto como Dios manda. Ahora a todo lo llaman cuarteto... ¡Yo sé lo que es un cuarteto! No es una merienda, ¿eh?”

Al llegar a esta última frase el público empezó a reír. Este era el carácter del músico de Riudoms. Y es que tras una trayectoria reconocida y consolidada, aquel compositor de 74 años decidía volver a estudiar las grandes obras del repertorio cuartetístico para extraer conclusiones y aportar su granito de arena. El proyecto, vale decir, salió adelante y Guinjoan publicó su *Quartet de corda núm. 1* -aquí él siempre añadía una apostilla: *“He escrito número 1, pero no creo que haga ningún otro”*-. Rigor, humor y, sobre todo, ímpetu -aquella *“mentalidad cartesiana nacida en el Mare Nostrum”*, como él mismo se había autodefinido en más de una ocasión.

Tuve la inmensa suerte de poder tratar a Guinjoan, especialmente a partir del año 2000, poco tiempo después del Taller de Jóvenes Compositores organizado por la JONC. Tal vez la proximidad territorial -él de Riudoms, yo de Reus-, así como un abanico de amistades comunes -sobre todo mi profesora de piano, Maria Bartolí, compañera de estudios del maestro- fueron el remate definitivo.

Sea como fuere, considero un privilegio haber podido mantener charlas con él, mostrarle mis trabajos y, asimismo, ver como su producción -aquellos manuscritos llenos de trazos a lápiz- cobraban vida cuando su autor iba canturreando las partes más significativas. Visitarlo en su domicilio de la calle Padua suponía una inyección de energía para los invitados, puesto que su pasión resultaba, sobre todo, contagiosa. Empezar a hablar sobre música implicaba, también, que sus ojos centelleasen, a pesar de los crecientes problemas de salud.

Para todos aquellos que somos del Baix Camp y tenemos ya cierta edad, el catalán que hablaba Guinjoan nos conducía a los *orígenes* -palabra fundamental para el compositor. Y es que escuchar su *“Hola guapo”*, después de descolgar el teléfono o de abrir la puerta de su domicilio, identificaba al personaje con un trasfondo común, con la complicidad territorial del Camp de Tarragona. Una tierra que, más allá de verlo nacer y crecer, el mismo músico cultivó durante su adolescencia y juventud. Quizás de ahí provenga su envidiable vitalidad, incluso ya en la senectud, reflejada perfectamente en las obras que continuaba componiendo -su última partitura orquestal, *Fiat lux*, mantiene un impulso rítmico y unos colores bien juveniles.

Estas son, por cierto, dos de las características que todo el mundo coincide en señalar como típicamente guinjoanianas: la paleta cromática -tan luminosa, tan mediterránea- y la vehemencia rítmica. Tan solo hace falta echar un vistazo a algunas de las metas de su producción para corroborarlo, desde el ballet *Trencadís* al *Homenatge a Carmen Amaya*. Me atrevo, también, a

añadir una tercera virtud consistente en un cierto tono lúdico, casi naif, siempre bienintencionado y cargado de nostalgia por un tiempo pretérito.

Afabilidad, lucidez, generosidad... son algunas de las palabras que siempre asociaré a los encuentros con Joan Guinjoan. Eso y la ingente cantidad de anécdotas: bastante conocida es ya la historia de aquella señora, madrileña de alta alcurnia, que insistió en acompañarlo, en su coche con chófer, desde la puerta del hotel a la sede de la SGAE, edificios casi colindantes.

Existe otro momento memorable que me gustaría compartir, puesto que lo viví también en primera persona. Fue un 10 de diciembre de 2016, en casa de la profesora Margarita Serrat. Un Guinjoan de más de 80 años escuchaba y aconsejaba atentamente al pianista Alfonso Calderón de Castro, antes de emprender la grabación de la obra completa del maestro catalán para dicho instrumento. A pesar del cansancio de algunos momentos en lo que resultó ser una sesión maratónica (mañana y tarde), su entusiasmo y la claridad de ideas se mantuvieron firmes. Hacia el mediodía, poco antes de comer, pudimos disfrutar del Guinjoan pianista que recreaba, delante del teclado, algunas de las músicas con las que amenizaba, en sus años de juventud, a los clientes de los cafés parisinos y barceloneses. De nuevo, un testimonio único de la versatilidad del músico.

Gracias por todo, Joan, especialmente por tu música: seguirá sonando, sin duda, con la misma frescura con la que fue concebida.

Josep Maria Guix
Diciembre 2022